

LO QUE VA DE AYER A HOY Y EL RITMO SOCIAL DE LA HISTORIA¹

En las vacaciones de fin del año 2007 volví a leer el prólogo escrito en 1967, poco antes de mi salida de la Universidad Nacional de Colombia. Recordé las recomendaciones que hacía años me habían hecho estudiosos respetables como Eduardo Umaña Luna, Alberto Mendoza Morales y Lauchlin Currie sobre la necesidad de volver a publicar el presente libro. Miré ahora, con mis cansados ojos, a aquel joven sociólogo que empezaba a ser golpeado por la historia viva. Quedé abrumado. Cuando leí los capítulos analíticos quedé asombrado: había olvidado los detalles de aquella construcción intelectual. La lectura no me conmovió tanto por el método de análisis cuanto por los horizontes que proyectaba. Era ortodoxia con profecía. Y caí en la idea de reeditar.

Para realizar este proyecto, hube de escoger entre dos versiones: la primera, de 1967, adelantada en la Universidad de Wisconsin, y la segunda, de 1968, traducida al inglés con el título *Subversion and Social Change in Colombia*, con ajustes y modificaciones parciales. El texto perdió coherencia y, aunque auspiciado por Columbia University en Nueva York, no fue bien recibido, con

¹ Texto extraído de *La subversión en Colombia: el cambio social en la historia*, Bogotá, FICA/CEPA, 2008, pp. 7-14. Este texto constituye el prólogo a la edición de 2008, puesta al día.

razón, por los reseñadores de las revistas científicas internacionales. Me concentré, pues, ahora en la primera edición, para lo cual acordé lo siguiente:

1. Dejar intacta la redacción original de los 10 capítulos histórico-descriptivos y la copiosa bibliografía, por razones de contexto y momento. Fueron soporte de las tesis del libro y del método analítico de la historia que había adoptado entonces, método que, a decir verdad, hallé pertinente y aplicable para el examen de hechos más recientes o contemporáneos, como lo explico más adelante. La principal diferencia formal apareció en la bibliografía, porque el examen y redacción de los nuevos materiales (epílogo) exigían, naturalmente, bases referenciales más actuales. Compilé entonces las “Referencias adicionales” que aparecen a continuación de la bibliografía original.

Son también justo homenaje y reconocimiento al esencial aporte de investigadores eminentes al conocimiento y comprensión de los últimos procesos nacionales. Es indudable que las ciencias sociales colombianas se han enriquecido mucho desde 1967.

2. Como consecuencia de lo anterior, eliminé los tres apéndices conceptuales por considerarlos superados u obsoletos dentro de la actual disciplina sociológica; y también omití la polémica “galería de héroes subversivos”, interesante aunque prematuro esfuerzo para visibilizar olvidados dirigentes populares. Tanto los apéndices como la galería pueden compulsarse en las primeras ediciones.

3. Elaborar este nuevo prólogo, para explicar el proyecto y los ajustes necesarios.

4. Redactar un epílogo que trate de llevar el relato analítico desde 1965 a la actualidad del siglo XXI, con el marco de referencia adoptado entonces, con caracterizaciones concisas y con reflexiones críticas y autocríticas pertinentes, tareas necesarias en búsquedas alternas y urgentes de cambio social en el país.

ESTRUCTURA DEL LIBRO

El lector podrá constatar que no se trata de hacer “autobombo”. El diagnóstico de la situación colombiana como la veía en aquellos años y que aparece en el prólogo de la primera edición puede dictarse casi al pie de la letra para hoy, a pesar de progresos, como los materiales y educativos, la promulgación de la Carta de 1991 y el avance de movimientos y partidos populares, como el Polo Democrático Alternativo con sus recientes triunfos, que han debilitado el bipartidismo tradicional.

Continúan las graves grietas estructurales y las responsabilidades que adjudico, desde entonces, a las clases altas y a los gobernantes sucesivos con sus partidos e instituciones culpables, sea por acción o por omisión.

Ha pasado demasiado tiempo con la violencia múltiple a cuestas, tanto que ya no alcanzan los tropos para describirla: como la implacable espiral, la anaconda envolvente, el mito de Prometeo y el recurrente *tsunami*. Al recordar los últimos años, y en especial los últimos eventos del siglo XXI, con sus avances y altibajos, he aventurado en el epílogo presentar la hipótesis de un clímax saturante de la violencia acumulada, cuya expresión se halla en el desarrollo de la política de “seguridad democrática” puesta en marcha por el presidente Álvaro Uribe Vélez. Los últimos hechos tan desiguales y a veces erráticos me llevaron a dedicar atención especial al régimen uribista.

El tema principal —subversión y orden— lleva naturalmente a plantear qué hacer. El presente libro no es un vademécum, y por eso apenas esboza aspectos teórico-prácticos generales. Aquí no elaboro estas metodologías, sino que remito a la abundante literatura sobre IAP (investigación-acción participativa) producida desde 1970 en nuestro medio y en muchas otras partes del mundo. Además, se conocen mis posiciones sobre organizaciones populares y el avance del *socialismo raizal* como pasos hacia la paz, como debería culminar nuestra historia.

Mis últimas contribuciones acaban de salir en español e inglés, a raíz de los premios Malinowski y Diskin que recibí en estos

últimos meses, textos a los cuales me remito (véase la siguiente sección de este prólogo). Hay, pues, respuesta concreta sobre cómo proceder con relación a la Violencia, pero esta reedición no es el sitio para elaborarlo.

Cuando escribí este libro distinguí en la historia de Colombia cuatro órdenes sociales y anticipé un quinto orden en el horizonte del siglo XXI. El primer orden es el aborigen precolombino, al que bauticé como “áylico”, empleando la palabra quechua asignada para “tierra” con el fin de destacar la importancia de lo telúrico en nuestra cultura y personalidad. Es el vínculo fundamental con el trópico nuestro, cuyo guardián, como pueblo originario, es el indígena, lo que no puede perderse, so pena de desaparecernos de la faz del planeta.

El segundo orden social es el “señorial” y de castas, impuesto por los invasores europeos del siglo XVI. El más largo de todos los órdenes ha resistido parcialmente hasta nuestros días. El orden “burgués-conservador”, también muy estable, es el tercero de la historia desde finales del siglo XIX. Y el cuarto orden social, identificado como “social-burgués”, ya corre con el siglo XX anticipando cambios que llegan hasta hoy. La visión del quinto orden, dejado a medias en 1967, recibe ahora una mayor atención en vista de la aceleración de procesos de cambio en los últimos decenios.

Cada orden social va anunciado y precedido por las tensiones y conflictos de períodos *sui generis* que he denominado “subversiones”. Distintas de las definiciones usuales de diccionario, a estas subversiones les añadí el adjetivo “moral” para indicar las motivaciones ideológicas de cambio social de sus actores. La primera subversión moral es la “cristiana”, representada por la cruz y la espada de los conquistadores europeos. La segunda es la “liberal”, inspirada en la Ilustración de mediados del siglo XIX, que tuvo también visos socialistas y radicales, valores frustrados por el orden burgués. La tercera subversión moral es la “socialista” de comienzos del siglo XX, a su vez seguida por la alianza del orden social-burgués. Planteo una cuarta subversión moral, la “neosocialista”, que anticiparía el quinto orden que he postulado como posible.

Esta subversión, la neosocialista, es la que tiene como símbolo la vida y obra de Camilo Torres Restrepo como intelectual y líder político. Dedicué los capítulos 8 y 9 de esta obra al padre Torres y a la *utopía pluralista* con principios políticos en el Frente Unido. No creo que con la muerte se haya disipado este sentimiento popular; por el contrario, la vigencia del padre Torres y de sus ideas se ha vuelto universal, y en Colombia ha fructificado con previos trabajos alternativos, como los de Antonio García y Gerardo Molina. Por eso este libro se ha dedicado a la memoria de Camilo Torres.

Las fechas de comienzo y terminación de cada periodo son tentativas. Las escogí por su pertinencia y visibilidad como elementos de ayuda analítica y mnemotécnica. Es destacable, por ejemplo, que las subversiones socialistas que provienen del siglo XX aparezcan en nuestra historia repetidamente. Es interesante que el neosocialismo de este viejo libro se registre hacia el siglo XXI (no hay nada nuevo bajo el sol), y que, por lo tanto, el quinto orden puede estar seriamente condicionado por esta conocida ideología, ahora en su modalidad raizal o radical. Hechos recientes parecen confirmar estas circunstancias y/o tendencias, especialmente en Venezuela, Bolivia y Ecuador. El péndulo de la historia se desplaza a la izquierda, y acaba de tocar al Paraguay.

Cada orden y cada subversión tienen lo que he llamado sus “condicionantes”. Son agentes dinámicos que incluyen grupos clave, instituciones, tecnologías, valores y normas dedicados a los fines de transformación o construcción de la sociedad. La efectividad de los condicionantes depende de la naturaleza de las propuestas de cambio, para el caso de la subversión moral. Los condicionantes se detallan en los capítulos 7 y 19 junto a los cuatro elementos dinámicos de todo orden, a saber: valores, normas, instituciones y tecnologías. Se retoma en la página 15 de mi folleto complementario, *Revoluciones inconclusas en América Latina*, publicado en México en 1970. Para ello desarrollo la teoría de la refracción de la utopía, del anarquista Gustav Landauer (1919), cuando plantea el concepto alternativo y práctico de “topía”.

Como lo sugerí antes, la utilización de la metodología participativa o IAP, que entonces llamé “investigación telética” con base en el concepto de *telesis* (*telos* significa finalidad) de Wilhelm Dilthey, sirvió para justiciar las funciones de la sociología como ciencia útil dejando atrás las exógenas escuelas funcionalistas-positivistas que todavía tratan inútilmente de imitar a las ciencias exactas. He querido enfatizar, antes y ahora, el compromiso sociopolítico de los científicos y activistas con un pueblo que sigue ansioso de justicia y equidad. Todavía en nuestra época se necesita superar el paradigma aún vigente en instituciones para llegar al más pertinente paradigma “holista” con la aplicación de la IAP. Sobre este marco filosófico remito nuevamente a mis últimos escritos para los premios citados (2007-2008).

HERRAMIENTAS CONCEPTUALES

Como era de esperarse, hay conceptos y vocablos empleados en este libro que necesitan aclararse en términos contemporáneos, porque siguen teniendo vigencia. Acabo de mencionar los conceptos de *subversión*, *socialismo*, *telesis* y *utopía*. Otros saltan a la vista, el más importante de los cuales es el de *desarrollo*, que campea por casi todo el texto. No es desarrollo imitativo del Norte, que algunos llaman hoy “reformismo”, promulgado como gesto triunfalista de la guerra fría por el presidente norteamericano Harry Truman en 1949, que es el tipo de desarrollo oficial en Colombia. Por fortuna advertí sus falacias y redefiní aquí el desarrollo como “el paso que lleva de un orden social a otro”, según la época. Como lo recuerdo en el epílogo del presente libro, esta diferencia me distanció de los “desarrollistas” del Partido Liberal y sus tendencias de cooptación.

Cooptación es otro concepto relacionado con la teoría de las antielites que no han perdido actualidad. En este libro he empleado el más castizo término *captación*. El *ethos* lo usé de manera más general de como lo haría hoy para describir valores fundantes o normas dominantes. El concepto *disórgano*, criticado a veces por ortodoxos, lo hallé útil como elementos de la subversión en

contrapunteo dialéctico con “organismos institucionales” de la tradición (por eso utilicé el prefijo *dis*). *Praxis y frónesis* constituyen otra innovación conceptual que frena el abuso del activismo político “puro”, lo que sigue siendo asunto de interés contemporáneo.

Entre estas búsquedas de lo propio y del valor con alas propias tanto ayer como hoy, sobresale el gigantesco aporte de los colegas colombianos para el avance en estos 40 años de la historia regional y de las ciencias aplicadas, desde la antropología hasta la botánica. La riqueza informativa local se ha centuplicado en nuestro país, lo que ha llevado a ajustar la imagen pública de diversos dirigentes, tales como Juan José Nieto, Quintín Lame, Manuel Murillo Toro, Pedro Justo Berrío y Aquileo Parra. A Nieto y Lame no los alcancé a mencionar en 1967; sobre los otros ya he hecho interpretaciones más informadas. El papel orientador del Olimpo Radical apenas lo sugerí. Hoy le concedo gran importancia político-social. Pero el análisis del poder político hereditario o dinástico de “los del-fines” que hago en este libro, sigue muy actual.

En general, hallo consistencias teóricas y convergencias metodológicas entre el texto de 1967 y mis artículos más recientes sobre pueblos originarios, valores fundantes y el socialismo raizal o radical (del latín *radix*, raíz), como los publicados en la revista *Cepo* (Bogotá, 2007). Puede verse también mi libro con este tema publicado por CEPAL y la editorial Desde Abajo. Ésta es la meta que todavía vislumbro para nuestros pueblos, con el empleo de la praxis con frónesis, a partir de los dinámicos eventos de Sudamérica en sus profundas transformaciones. Por ahí es la cosa, a pesar de transitorias derrotas.

Habría que reestudiar el encadenamiento de órdenes sociales y periodos subversivos que presenta nuestra historia, con los condicionantes respectivos. Me parece que ayuda a aclarar y también a descubrir de forma urgente los nuevos horizontes de acción política, lo cual fue precisamente el propósito del prólogo de la primera edición, que he retomado en la presente reflexión introductoria.

AGRADECIMIENTOS

La tarea de ampliación de este libro se hizo en la acogedora casona “Firaya”, en las verdes colinas de Paipa, refugio del conocido dirigente y respetado profesor don Pedro de Pacanchique y Ávila, con su generosa hospitalidad y con el valioso recuerdo de sus ancestros: el del cacicazgo muisca de Ramiriquí (Boyacá) y el de Salamanca, provincia de Ávila, en España.

Registro con inmenso reconocimiento la acogida que también tuve de familias de Paipa, cuyos miembros me sirvieron de ojos, pies y manos, y para estudiar y discutir ideas, con el fin de completar el tomo. Además va mi agradecido recuerdo por la labor de apoyo y lazos de amistad de la colega Luisa María Díaz Vargas, los esposos Rueda-Vargas y las familias Pulido y Díaz Pacheco con sus maravillosas proles.

Agradezco el impulso editorial que recibí de Gerardo Rivas Moreno y Miguel Eduardo Cárdenas, así como los grandes servicios que para éste y otros trabajos, y por un buen tiempo, me ha prestado el talentoso comunicador y activista Víctor Edilson Jiménez, con invaluable amistad y solidaridad, así como las de su querida madre, la antigua líder sindical doña Clara Inés Jiménez, del barrio Casa Rey, en Usme, localidad del sur de Bogotá.

Finalmente, mi cariñoso abrazo zenú a mis hermanos, hermanas, cuñados y cuñadas Kornerup-Fals, Fals-Ortiz, Fals-Aldeaman, Navia-Fals-Newendyke y Torrijos-Kornerup-Fals, por haber sido mi sostén moral y material en las crisis recientes que he sufrido, y por sus estimulantes comentarios al presente libro.

* * *

EL RITMO SOCIAL DE LA HISTORIA

El marco de referencia que se ha seguido en este libro fue diseñado primordialmente para tratar de entender mejor la naturaleza de los procesos del cambio social en la historia de Colombia, no sólo en el pasado, sino como se dibujan en el presente. Con este fin

—y como un primer intento que debe ser corregido y superado— se propuso combinar lo diacrónico con lo sincrónico, siguiendo una pauta proyectiva, para ir estudiando la historia y deducir de ella algunas proposiciones generales que pudieran ser útiles para conformar una sociedad superior. Los problemas sociales del país han sido y son de tal modo críticos, que el científico debe concederles prioridad en su análisis, para ver el modo de aliviar la situación y comprometerse además a proponer y trabajar por soluciones positivas.

El libro parte del clásico concepto del orden social, limitándolo para hacerlo manejable y determinándole componentes valorativos, normativos, organizativos y tecnológicos, los mismos de donde partieron los sociólogos del conflicto que orientaron a la sociología en la era problemática del siglo XX. Se postula que, en determinadas circunstancias propicias, condicionadas por factores históricos, económicos o demográficos, estos componentes reciben el impacto de ideologías de origen utópico para acelerar la descomposición del orden, refractarlo y dar paso a una subversión.

El conflicto que aparece en tales condiciones, como hemos visto en los capítulos anteriores, tiene no sólo variaciones regionales, según el estado en que se encuentre la coherencia del orden social vigente, sino también modalidades históricas, según el tipo de acción subversora que se lleve a efecto. En general, pueden distinguirse dos tipos de subversión del orden: a) la producida por conquista militar-ideológica; y b) la raizal o nacional. Tanto en la una como en la otra se busca o impone el cambio radical en las pautas de vida de un pueblo, lo cual se verifica dentro de un determinado período de tiempo y con similares mecanismos y factores.

La conquista española en América tuvo definidas características de subversión del orden local, provenientes del impacto de la ideología cristiana y de los valores dominantes en la península Ibérica en el momento del Descubrimiento, adoptados por grupos clave americanos que tendían a identificarse con los conquistadores. No fue una simple ocupación militar y económica, sino

un esfuerzo aculturador. De allí que hubiese tenido tan duraderas consecuencias en la sociedad americana de la posconquista.

Las subversiones raizales, para el caso colombiano, sólo ocurrieron al surgir la nacionalidad como fenómeno moderno, en los siglos XIX y XX. En ellas, por supuesto, no aparece el elemento externo de imposición de conquista, sino que hay rebelión o revolución interna con acentos ideológicos que pueden ser exogénicos. Pero el efecto es muy semejante al anterior en cuanto al impacto que tiene en las formas de vida del pueblo. Los mecanismos y factores de la subversión producen transformaciones significativas en los órdenes sociales vigentes.

En ambos tipos de subversión, y bajo condiciones apropiadas, los planteamientos utópicos absolutos sobre nuevas metas sociales se decantan por la realidad ambiente y se convierten en utopías relativas con su porción de ideología. Esta ideología de temple utópico lleva a descubrir y especificar las incongruencias latentes en los elementos por los cuales se articula el orden social. En estos casos, la utopía aparece como un conjunto de ideas y de valores sociales que tienden a dominar sobre el sentido de dirección que debe tomar el cambio social. Busca expresión en las normas y apoyo en la organización social.

Pero como se observa por el análisis de los capítulos anteriores, también surgen otros fenómenos que inducen al cambio significativo, que son condicionantes promovidos por la cismogénesis latente, por diferencias regionales, por crisis o necesidades en las vinculaciones económicas y políticas entre naciones o en sus relaciones de dominación y dependencia, o por el intercambio interno entre los componentes del orden social. Puede ocurrir, además, que la acumulación en el complejo tecnológico produzca efectos secundarios, como el del perfeccionamiento científico del control de las enfermedades infantiles en la población de un lugar.

Estos fenómenos —en aislamiento o en acumulación— tienen efectos sobre el orden social, y tienden a descomponerlo en sus elementos internos al llegar al punto crítico adecuado. Sería algo semejante a la refracción de la luz solar a través de un prisma. Ocurre un fenómeno análogo de refracción, peculiar a la entidad

superorgánica estudiada aquí, que destaca las contradicciones del orden social, hasta entonces latentes, inconscientes o encubiertas.

El impacto o *élan* del conflicto desencadenado por las utopías o por los cismas en los componentes tiene la virtud de iluminar las incongruencias en las formas actuales de vida. Además, por el proceso dialéctico inherente y en condiciones sociales, económicas e históricas adecuadas, dicho impacto hace que una serie de valores, normas, instituciones y grupos con los elementos tecnológicos que le son coadyuvantes, mantenga su ritmo y dirección, polarizándose y coligándose alrededor de la condición o situación natural de tradición.

Pero debido al desgaste interno del orden vigente o a la derrota de su sociedad, y por efecto de las tendencias irrealizadas que representan las necesidades y urgencias de la época (vistas a través de los mismos cismas) se refractan los elementos contrarios, hasta entonces latentes, que se manifiestan ya abiertamente para retar a los elementos tradicionales. Estos contraelementos, que son respuestas dialécticas a los de la condición de tradición, son los antivalores, las contranormas, los disórganos y las innovaciones técnicas.² Ellos se integran y polarizan a su vez entre sí, conformando una situación o condición competidora en el seno de la misma sociedad, que se denomina *subversión*. La subversión se define, por lo tanto, como aquella condición que refleja las incongruencias internas de un orden social descubiertas por miembros de éste en un período histórico determinado, a la luz

² Los elementos que se integran en la subversión son respuestas a la condición contraria, y por eso se reúnen en cuatro categorías que replican las de la tradición. No implica ello que exista una realidad dual o dicotomía, que dé lugar a las conocidas tipologías polares. Es posible concebir, dentro del espacio de la refracción del orden social, diferentes grados de agudeza en la subversión, y aun el caso de asimilación o captación de grupos por uno u otro lado, ajustes ideológicos o fenómenos similares. Sin embargo, para fines de análisis del fenómeno de transformación social en Colombia y en la América Latina, especialmente hoy en día, prestar atención directa al extremo concreto de la subversión permite fijar, aislar y examinar los hechos sociales más pertinentes. Futuras investigaciones podrían sondear el espacio de la refracción del orden que queda entre los dos extremos enfrentados claramente en una subversión.

de nuevas metas valoradas que una sociedad quiere alcanzar. Al proceso de resolución y superación total o parcial de la subversión (según sectores institucionales) se le denomina *acelerada e intensa del desarrollo*, para ganar el poder político por el empleo de la violencia.

Hemos visto que la subversión tiene una trascendencia: su aparición implica contradicciones de tal categoría que pueden causar la transformación del orden social en que se experimentan, en uno distinto. Por eso, la subversión no debe confundirse con cualquier aspecto del cambio social: es índice de inconsistencias y discordancias valorativas, normativas y organizativas de significación, que van desde las agregaciones mayores de la sociedad hasta los grupos del nivel local y la propia personalidad. Cuando el *élan* lleva a la subversión al clímax apropiado, se van creando organismos, técnicas y actitudes conducentes al cambio, que producen una aguda sensación de perplejidad, anomia o inseguridad en las pautas de interacción social. Esto se realiza por la aplicación de tres *mecanismos de compulsión*: la hegemonía política (a través de conquista o rebelión), la habilidad directiva y la difusión social con saturación de lo nuevo y diáspora de elementos rebeldes. Estos mecanismos le van imponiendo dirección al cambio social, y son manejados en turno tanto por los grupos tradicionalistas como por los subversores, que buscan imponer sus respectivos puntos de vista y sus metas valoradas.

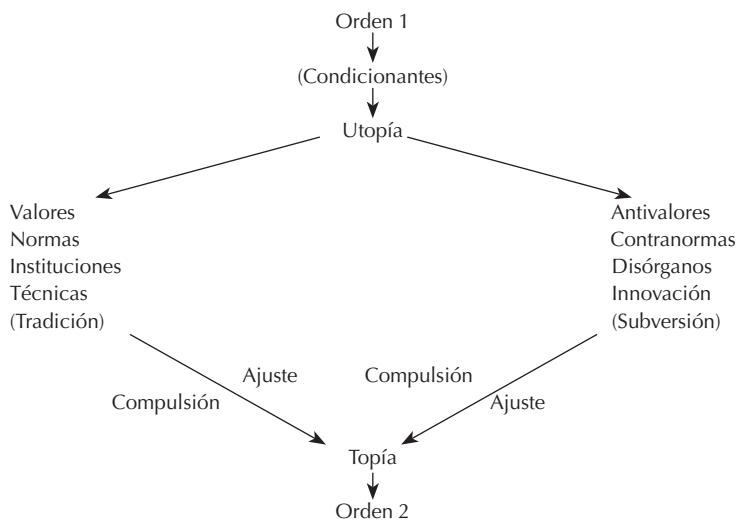
Naturalmente, la sensación de perplejidad brota del enfrentamiento de los sistemas valorativos y normativos, expresados por los grupos. Esta indecisión puede durar mucho tiempo. Sin embargo, una situación permanente de indecisión no es posible, porque ésta no es la meta que persigue la subversión ni la tradición. El proceso lleva así a un anticlímax, sintomático de que los grupos van buscando el avenimiento. La habilidad con que lo hacen y la estrategia de captación de oponentes que aplican en momentos cruciales, pueden ser factores suficientes para el éxito de sus respectivos puntos de vista. Del vigor, la persistencia y la resistencia de los elementos subversores o de sus contrarios

dependerán también la duración del período agudo y el anticlímax del conflicto.

Se inicia entonces un proceso maestro de *ajuste* entre la condición de tradición y la condición de subversión, que busca la estabilización relativa en un nuevo orden social. Para el efecto se aplican no sólo los mecanismos compulsores que tratan de mantener la dirección del cambio, sino también los *factores estabilizantes* que implantan las raíces para que crezca la futura tradición y se asegure la supervivencia de los elementos transformados. Estos factores toman en cuenta: a) las incompatibilidades de los elementos en conflicto, para imponer o buscar la sustitución, el compromiso, la tolerancia mutua o la acomodación; b) las compatibilidades de los elementos, para producir la asimilación, la amalgama, la adición o la acumulación; y c) la capacidad de difusión, saturación y control de los nuevos elementos en los niveles básicos de integración. Los factores estabilizantes que hemos estudiado son: la sociabilización del desarrollo, la legitimación de la coerción, la persistencia ideológica y la coadyuvancia tecnológica.

Durante este período de ajuste, con la compulsión que le acompaña, empieza a surgir la nueva *topía*, con los residuos que deja la confrontación. Entonces se forma el nuevo orden social. Éste, convertido en otra tradición, llevará implícitos los residuos contradictorios para una eventual subversión, y así se repite el proceso (cf. Hegel, 1896). (Véase la gráfica 1, que muestra el impacto descomponedor del conflicto y la utopía con sus condicionantes, la refracción del orden y el ajuste-compulsión de la tradición y la subversión que lleva al nuevo orden social).

Gráfica 1
Descomposición dialéctica del orden social



No se propone con este esquema que exista una tendencia en la historia de Colombia por la cual se repita un ciclo de cambio periódicamente en idénticas secuencias, y sin reversiones. Se establecen mecanismos y factores que son comunes a los cuatro casos estudiados, ya que los cuatro pertenecen a la misma categoría conceptual de “subversión”. Pero se determinan también las diferencias culturales de cada época y el diverso papel que las ideas y las condiciones económicas y sociales juegan en las cadenas de causalidad de los cambios.

Para fines de la presente investigación se trató de seguir seis reglas de procedimiento (capítulo 2): aislar los elementos contradictorios para analizarlos; especificar la naturaleza sociocultural de ellos; relacionarlos con un tiempo y un lugar concretos; determinar consecuencias a escala popular y ver los eventos desde esta perspectiva, en lo posible; reunir los elementos afines bajo conceptos generales, e identificar los grupos clave de cada período histórico. Esta metodología dio por resultado establecer cuatro

órdenes sociales en la historia de Colombia, seguidos por otras cuatro subversiones, durante los siglos que van desde antes de 1493 hasta 1966. La última subversión parece que apenas se inicia. Con el fin de estudiar todas ellas se encontró adecuado aplicar principios y métodos anticipantes, que reconocen la finalidad o *telos* en las instituciones humanas.

El ritmo social de la historia de Colombia que resulta de este análisis puede apreciarse en forma resumida en la gráfica N° 2.

Partiendo del orden *áylico* de antes del descubrimiento de América, se observan valores autónomos en el pueblo chibcha dominado por un *ethos* de sacralidad tolerante, y conformados por el animismo, el familismo, el naturalismo y el futurismo. El marco normativo incluía *normas* de estabilidad comunal y providencialidad. Los grupos clave de la organización social eran los *sybyn*, con integración vecinal, roles prescriptivos y estratos sociales semicerrados. En cuanto al complejo tecnológico, los americanos poseían una cultura de surcos y tubérculos, el palo cavador y la azada, algunas artesanías y técnicas de defensa manual.

La conquista española trajo consigo el impacto poderoso y cruento de la utopía misional concebida en 1493 y decantada ideológicamente poco después, por la cual se aliaron la Iglesia y el Estado en un ambicioso intento de realizar en el Nuevo Mundo una sociedad cristiana. La imposición de la conquista hizo surgir una antielite y grupos clave ladinos que, con los otros grupos subversores o disórganos hispanos, dieron casa a la primera subversión de la historia colombiana, la cristiana, ocurrida entre 1537 y 1595. Durante ese período se asimilaron los antivalores y las contranormas traídos por los españoles y se cerraron los grupos sociales para dar lugar a una estructura de castas.

La síntesis entre el orden *áylico* y el traído de Europa originó una *topía* nueva, la del orden señorial, que cobijaba por igual a la colonia y a la metrópoli. A través de la compulsión y diáspora de los disórganos, en el orden señorial se adoptaron y difundieron valores nuevos con un *ethos* de urbanismo de castas, que incluía el ultramundismo, el neomaniqueísmo y versiones adaptadas o asimiladas del animismo, el familismo y el naturalismo *áylicos*.

Estos valores se tradujeron en normas de rigidez prescriptiva y moralidad acrítica, que se añadieron a las de estabilidad comunal y providencialidad del orden anterior. Los grupos clave de este período fueron los de los señores (con los clérigos) y los ladinos de diferentes clases y niveles; y los mecanismos sociales más importantes para efectuar la transición fueron los de la encomienda, la doctrina y la hacienda, con instituciones de imposición sobre los americanos, como el resguardo, el concertaje y el tributo. Elemento importante en el éxito del orden señorial en el Nuevo Reino de Granada fue la tecnología superior de que disponían los grupos subversores, incluyendo las técnicas del arado de madera con instrumentos de hierro, la cultura de granos, la rueda y la defensa montada con arreos. Más adelante se añadió la pólvora a este componente. Tuvieron éxito los españoles en su subversión y fueron capaces de implantar un orden social que perduró por ocho generaciones, desde 1595 hasta 1848.

Las incongruencias y las inconsistencias latentes del orden señorial, producidas en parte por la decantación de su utopía, fueron quedando más y más visibles con el paso del tiempo, y crearon tensiones y conflictos internos como el de los Comuneros, hasta cuando se dramatizó la crisis con la llegada de la utopía liberal-democrática, en 1794. No obstante, aunque se preparaba la escena del cambio con las guerras de Independencia y con normas antihispánicas, el verdadero impacto ideológico de aquella utopía sólo se registró en 1848, cuando se estimularon los grupos progresistas con el furor romántico y de la segunda Revolución Francesa, realizando a su vez, en 1854, uno de los dos casos de revolución en Colombia. No todos los antivalores y contranormas de entonces se asimilaron en esa oportunidad, porque hubo una pronta coerción y captación reaccionaria de antielites por los grupos dominantes. Se frustraron así los efectos de la revolución, por un adecuado refrenamiento. En cambio, se introdujeron valores y normas afines, como los del mecanicismo, la ética empresarial, el nacionalismo, el *laissez faire* y la democracia formal, que darían base a la creación de grupos clave burgueses de los dos partidos tradicionales.

Gráfica 2
El cambio social en la historia de Colombia (1493 a 2008)

Componentes del orden social	Orden Arifco 1		Orden Señorial 2		Orden Burgués 3		Orden Social Burgués 4		Orden 5
	Subversión Cristiana		Subversión Liberal		Subversión Socialista		Subversión Neo-Socialista		
Años	1493	1537	1595	1794	1848	1867	1904-1945	1957-1965	2008
	Utopía misional								
VALORES	Seriedad tolerante 1. Animismo 2. Naturalismo 3. Puritanismo	¿Antivalores asimilados?	Urbanismo de castas: 1. Animismo 2. Puritanismo 3. Naturalismo 4. Ultramanidismo 5. Neo-maniqueísmo	(Antivalores asimilados) 1. Mecanicismo. Ética empresarial. Nacionalismo.	Valores burgueses y liberales.	Socialidad instrumental: 1. Supranacionalismo. 2. Tercetismo. 3. Humanismo. 4. Comunismo.	Valores instrumentalmente asimilados		
NORMAS	1. Estabilidad comunal 2. Providencialidad	(Contranormas asimiladas)	1. Estabilidad comunal 2. Providencialidad 3. Rigidez prescriptiva 4. Moralidad arcaica	(Contranormas sin asimilar) 1. Mecanicismo. 2. Ética empresarial. 3. Nacionalismo formal.	Normas cerradas y liberales	1. Movilidad 2. Moralidad. 3. Tercetismo 4. Control técnico.	(Normas instrumentalmente asimiladas)		
ORGANIZACIÓN SOCIAL (grupos e instituciones claves)	Vecindario (sybyn)	Antiféite lidina Resguardo Doctrina	Señores Encomienda Cacería Clerigos	Antiféite Señorial "Democrática" Caudillos Guerrillas Burgueses I.	Burgueses II. Comunales Partidos.	Antiféite socialista Uniónes. Sindicatos. Guerrillas.	Empresarios. Burocracia. Tecnocracia.		
(Integración) (Estratos)	Vecinal Semi-cerrados	Vecinal Cerrados	Comunal Cerrados	Comunal Cerrados.	Comunal Cerrados.	Regional/nacional. Semi-abiertos.	Nacional. Semi-abiertos.		
TECNICAS (Acumulativo)	1. Palo cavador y azada 2. Cultura de surcos 3. Arado 4. Defensa manual	5. Arado de madera 6. Utensilios de hierro 7. Rueda y tiro 8. Defensa montada 9. Pólvora	10. Comercio. 11. Vapor. 12. Industria de vertiente (tabaco)	13. Industria. 14. Ferrocarril. 15. Industria de vertiente (café). 16. Cultura de vertiente (café, etc.)	17. Industria mayor. 18. Ferrocarril. 19. Industria de vertiente (café). 20. Agricultura mecanizada.				

Éstos utilizaron como factores coadyuvantes la tecnología del vapor, las relaciones comerciales con otros países y la cultura de la vertiente en plantaciones tabacaleras y en fincas cafeteras. Más adelante incorporarían la industria, el ferrocarril y otros medios de comunicación, y se formaría una clase media rural en la región meridional antioqueña. El resultado fue la frustración de la subversión liberal de 1867 y el advenimiento del orden señorial burgués que rigió hasta 1925, el cual representó la síntesis entre el orden señorial anterior y los elementos de compulsión de los grupos clave burgueses que asimilaron parcialmente la subversión liberal. Apareció al mismo tiempo, como apoyo del orden, el sistema bipartidista policlasista con sus hondas raíces en las confrontaciones religiosas del período, que impidieron la identificación con clases sociales o grupos económicos. Pero se experimentó una acumulación en el complejo tecnológico que, junto con otros factores, fue llevando el orden a un punto crítico que exigía modificaciones en los otros componentes.

En esas circunstancias se registró en 1914 la llegada de otra utopía, la socialista, como elemento para renovar ideológicamente al derrotado y exhausto Partido Liberal. Sus consecuencias, dramatizadas por las condiciones económicas y sociales del período, sólo se sintieron hacia 1925, con el desarrollo estimulado por la indemnización por Panamá, el crecimiento de la población y la más creciente diferenciación social. La subversión socialista se caracterizó por graves conflictos de todo orden que desembocaron en un segundo intento revolucionario, al morir Gaitán en 1948. Se frustró el plan de ganar acceso al poder político, y la situación degenerada en la Violencia, que abarcó de 1949 a 1957. Durante todo ese período subversivo se aceleró la difusión de un nuevo *ethos*, el de la secularidad instrumental, que comprendía los antivalores del supranacionalismo, el tecnicismo, el humanismo y el comunalismo, traducidos a contranormas de movilidad, moralidad telética y control técnico. Constituyó éste un reto fundamental al orden señorial-burgués, cuyos personeros aplicaron nuevamente los mecanismos de refrenamiento y captación de antielites para inducir la frustración. Pero esta vez no lograron del todo su

objetivo y debieron batirse en retirada, por haberse sociabilizado el pueblo en los nuevos valores seculares-instrumentales, parcialmente, pero de manera significativa. En ello tuvo papel la Violencia, pero también cuentan los otros factores sociales, económicos y demográficos. Sin embargo, se alcanzó a producir una nueva síntesis en el orden social-burgués del Frente Nacional, que se institucionalizaría en 1957 y que perdura hasta hoy.

Aparece durante el período de la subversión socialista una estratégica antielite, de corta vida, con la que ocurre un proceso de captación positiva que impulsa el cambio. Surge también una clase media urbana y un proletariado; los estratos sociales se abren parcialmente; la integración social pasa a un plano regional y nacional, y los roles empiezan a convertirse predominantemente en electivos, por la adopción de la secularidad instrumental. En cuanto al componente tecnológico, su control queda aún en manos de los grupos burgueses, que establecen la industria pesada, mecanizan la agricultura, organizan el transporte aéreo e importan el motor de explosión. Esto agudiza las diferencias entre las clases y dramatiza la falta de equidad en la distribución de la riqueza. Más adelante la gran burguesía importa la automoción, la transistorización (que se difunde entre el pueblo en una sola modalidad), la ciencia moderna y la defensa tecnificada en un ejército moderno, todo lo cual coadyuva al orden, hace más prósperos y fuertes a sus personeros y protocoliza a través de contactos comerciales y políticos las relaciones de dependencia y dominación entre Colombia y los países más adelantados, especialmente los Estados Unidos de América.

Al nacer el orden social-burgués en 1957 y seguir su curso los cambios instrumentales, demográficos y socioeconómicos iniciados antes, en 1965 se estimula la aparición de otra utopía, la pluralista, que se relativiza casi inmediatamente. Le acolitan réplicas de antielites neosocialistas e igualitaristas en la universidad y en grupos del Partido Liberal, mientras surgen varios movimientos populares. Con esta reiteración ideológica estimulada con el ejemplo de las revoluciones latinoamericanas contemporáneas, se imparte un nuevo impulso al cambio social en Colombia, que

puede iniciar otra subversión, la neosocialista, por la que vienen a descubrirse otra vez, y con mayor participación popular, las incongruencias, contradicciones e injusticias del orden vigente. Los planteamientos proyectivos en que se basa el presente libro llevan a fijar algunas alternativas que este último esfuerzo de renovación institucional puede anticipar, con miras a alcanzar con éxito las metas valoradas de un quinto orden social.

Ésta es la justificación principal del esfuerzo investigativo compendiado en este libro, pues se espera que con los datos y argumentos ofrecidos se ayude a detener la hecatombe que producirían los grupos dominantes al tratar de frustrar nuevamente la subversión social y su desarrollo implícito. A la generación actual de la Violencia, que no ha vivido sino los altibajos del período histórico anterior, le ha tocado el patriótico y a la vez oneroso deber de reconstruir el país casi deshecho que heredó de sus mayores. Le asiste la razón y tiene consigo la ventaja de la compulsión moral para realizar la subversión que se necesita para llegar al quinto orden. Por eso puede ser una “generación decisiva”, en el sentido que quiso darle Ortega y Gasset.

Desgraciadamente, no está completamente en sus manos decidir cómo será el desenlace, porque éste depende en buena parte de lo que quiera hacer la actual oligarquía económica, política y religiosa. El tedio intelectual y espiritual, y hasta el vacío del poder que empieza a sentir y que la envuelve indefectiblemente, la debilidad normativa y la poca autoridad real que le asiste al juzgar sus hechos anteriores, y el convencimiento de que tarde o temprano deberá ceder para sobrevivir, puede llevarla a jugar de nuevo la carta de la violencia, aun a sabiendas de que evocaría la rebelión justa. Pero el uso de la fuerza tampoco podría darle el éxito, porque ella nunca ha logrado detener realmente las ideas. En efecto, “el hombre es el hombre”, y su resistencia puede ser invencible cuando sabe que la justicia le acompaña. Muchos ejemplos del pasado, y aun heroicos casos contemporáneos, pueden citarse para respaldar este aserto. El vacío histórico y social que semejante crimen de lesa patria produciría no podría ser llenado sino por la tromba de un nuevo orden social de temple socialista.

Sería el jaque mate de la actual oligarquía. Por eso, la alternativa realmente constructiva que le queda no puede ser otra que ceder.

Los últimos indicios de renovación institucional en Colombia permiten abrigar la esperanza de que puedan primar la cordura y la racionalidad ante aquella grave alternativa. Existe en diversos grupos un creciente interés de trabajar por el bienestar de las clases trabajadoras y de darles la oportunidad para que realicen sus grandes potencialidades. No es suficiente; pero es un paso hacia la meta que se persigue. La subversión neosocialista y la superación en todos los órdenes que ella exige, piden mucho más.

Por eso es lógico anticipar, también, como punto final de esta exposición, que se sentirá como obligación moral de los grupos comprometidos en la renovación del país, el velar para que no se desvirtúen los justos objetivos del actual desarrollo. Afortunadamente, aquella vigilancia y esta evaluación son ya posibles, porque la historia nacional enseña cómo utilizar juiciosa y patrióticamente los mecanismos sociales de la compulsión y el ajuste.